regiones jaliscienses, revelaban esa inquietud propia á toda ave, cuando presiente una tempestad cercana. Efectivamente, ya se anunciaba una. No lo sentía, puesto que he dicho, haber venido aquí en busca de las calmas y de las *tempestades* de este soberbio mar Chapálico.

Había que desistir en esta vez de llegar hasta la histórica Mescala. Vientos contrarios, noche cercana, distancia grande de aquella isla envuelta en ténue bruma, eran razones poderosas para posponer el tan deseado, aunque difícil viaje, á aquel montón de tierra y rocas que se destaca en la superficie de las aguas, como un lugar de fantasmas y leyendas, como un cuento de esos alemanes á orillas del Rin.

Con la proa, pues, en dirección al puerto de Chapala, hacíamos lo posible por regresar á tierra, ántes que la tormenta descargase su enojo sobre nuestras espaldas indefensas. Las muy pequeñas olas que al salir [hacía más de dos horas] nos habían hecho él viaje divertido y sin riesgos, comenzaban ahora á convertirse en olas de regulares dimensiones; bastante grandes para hacer de nuestra embarcación, un especie de cuna en movimiento sobre las aguas.

Nuestra vela latina, que á la ida tan bien había servido, no obstante sus agujeros y remiendos, era del todo inútil para nuestro regreso con tan contrarios vientos. Así, pues, arriándola á riesgo de ser casi derribados, los marineros, recurrían á sus pesados remos como único medio de impeler nuestra pesada lancha.

—¡Qué navegación tan primitiva toda esta! me decia un de los compañeros.—Pero ya pronto tendré el gusto de invitarlo á vd., á navegar en mi *yate* de dos palos que he mandado traer á Europa.

—Lo que lamento—le contestaba,—es que no haya sido posible llegar hoy hasta Mescala.

—Pues yo en cambio me alegro no haber llegado ahí....

—¿Porqué?

—Por razón muy fundada: porque en aquella isla, con sólo levantar una piedra, basta para encontrarse con todo un nido de alacranes. Y, nada hay en la vida que á tanto horror le tenga como á esos escorpiones.....

Después de esta revelación, enmudecimos todos; y el silencio, era tan solo interrumpido por las pisadas de los remeros descalzos, que en la proa, se esforzaban por darle impulso á la muy lenta navegación de la canóa. Todos teníamos fijas las miradas por el mismo lugar: aquella ensenada, en donde como un punto negro, se veía el rústico muelle del pueblo de Chapala. ¡La embarcación, parecía más bien retroceder que avanzar, tan lentamente caminaba! En cambio, la tempestad, se iba haciendo visible y más imponente por momentos. Soplaba *Norte*, ese que se hace tan temible en nuestro golfo de México; ese mismo, que aquí le denominan: *el viento mexicano*, y que determina las grandes tempestades del Chapálico-mar.

Afortunadamente no llovía; teníamos tormenta, pero tormenta á secas; con nublazón tan pronunciada, por parte del Poniente que hoy no veríamos una puesta de sol, de esas que en el Chapala desafian al pintor de marinas, por no tener en su paleta suficientes colores con que pasar al lienzo los soberbios y múltiples de natura

Confieso que no obstante el peligro relativo que en esta vez corríamos, sentía una atracción irresistible con el aspecto que presentaban esas aguas, agitadas por el viento rumoroso, como también por la desolación del mar-interno y la magestad toda de esas sombrías montañas, de ese arbolado y de esa vegetación de las lejanas orillas, luchando cual gladiadores de titánica raza con el viento arrasante. De ninguna manera, podía ni debía lanzar una queja. ¿Acaso no había venido aquí para buscar entre otras cosas, las tempestades del Chapálico mar?

Habíamos comenzado por aventurarnos, en una

embarcación, sin condición alguna favorable para vogar en estas aguas. Después nos trasladamos á esta otra lancha cuando los marineros y el patrón de ella habían hecho advertencia, de que probablemente habría *Norte* al caer de la tarde. Así es que, en esta vez en nada habíamos sido engañados, sino por el contrario, bien informados de lo que teníamos de esperar. No sé qué mágico poder es el que posee el agua de un mar, de un río ó de un lago que tanto atrae, por mucho que á la vez intimide. Pero es el caso que tal vez los más tímidos son los que con mayor frecuencia cruzan los mares, los rios y las lagunas, pues son los de constitución nerviosa por razón no solo fisiológica, sino igualmente psicológica, los que más sienten y los que se ven atraídos por la magia del agua, y por todos los bellos y edificantes espectáculos de la naturaleza!

Pero veamos lo que está haciendo el viento con la canóa. Pues este, está esforzándose por derribar el mástil, por reventar la jarcia, por llevarse en su veloz carrera el modesto toldo de petates que sirve de cubierta ó toldilla al pobre pescador y á su familia de esposa y de chicuelos. Ayudado también de la corriente, quiere ver como parte en mitad la embarcación estrellándola contra las rocas, y, finalmente, ver si puede igualmente llevarnos á nosotros, para que después nos dé sepultura en su fondo el mar interno.

Con gran dificultad habíamos logrado acercarnos á la playa. Esto era algo de importancia; mas no era el todo, cuando la noche estaba por llegar y era mejor estar en tierra. Teníamos, además, la corriente en contra, y rompientes de alguna magnitud cerca de la playa, donde la marejada de un mar grueso dejaba ver su blanca espuma, que en las tinieblas de la nublazón y de la luz en decadencia, parecía inmensa fila de palomas, agitando sus níveas alas por las arenas.

Había que tomar una determinación violenta;

y el viejo patrón de la canoa, sujirió una idea practicable, pero que llamó altamente mi atención: remolcar la barca casi á nado [¡estilo japonés!], mientras otros con los remos la impulsaban y de este modo conseguir acercarse lo más posible á la playa.

Así avanzamos una distancia regular, hasta encontrar un fondo tan relativamente insignificante que dos remeros se echaron á el agua para empujar la canóa por atrás. ¡Manera bien primitiva de arribar á puerto de salvamento, pero única á que apelar en este caso!

La lancha daba tumbos por todos lados; las olas la bañaban, y á nosotros también, por todas partes. Más al fin, estábamos muy cerca de la playa, y en hombros de dos robustos marineros, metidos arriba de la rodilla en las aguas agitadas, lográbamos de uno en uno, [mis compañeaos y yo], pisar la tan deseada tierra firme.....

El sentimiento de haberse salvado de un peligro inminente, solo puede valorisarse, cuando se experimenta. Habíamos desembarcado de un modo que llamaré cómico, pero que sin embargo, nos ponía á salvo del agua enfurecida, y esto era lo importante. A un cuarto de legua del pueblo de Chapala, teníamos que irnos á pie por largos callejones, hasta llegar á la pequeña plaza-jardín donde por la mañana, había asistido al *tianguis* en busca de un sombrero de palma de anchas alas y de elevada copa.

Dejábamos la pesada embarcación, anclada en las arenas, batallando con las olas; y en las tinieblas de la noche cercana, me hacía esta el efecto de un hipopótamo bañándose en un rio muy caudaloso del Africa. Una vez en tierra, confieso haberme alegrado de haber visto (sobre las ondas) una tempestad del mar Chapálico, pues puedo, entre otras cosas, hacer comparaciones entre el espectáculo que en alta mar presenta el Océano Atlántico y el Chapala, ambos, bajo el potente dominio de un uracán dese-

cho. Y el que esto escribe, que ha estado á punto de naufragar más de una vez, es el que mejor puede apreciar todo el valor de estar en tierra cuando las aguas de los mares, asúmen con su volúmen inconcebible de la gran materia líquida é inorgánica, la forma de los cerros cónicos coronados en tierra por la nieve, y en la mar por la espuma.

Recapacitaba en la ventana de mi cuarto las impresiones diversas de este día. La luna luchaba por salir entre las negras nubes, de vez en cuando blanqueadas en sus contornos tan fantásticos. El Mar Chapálico, seguía muy agitado y un tanto tenebroso, en su aspecto de rugiente y luchadora fiera. En comunión bien íntima con el espectáculo que á mis ojos tenía, había olvidado la hora de una cita que tenía por objeto ir á oír tocar y cantar á unas damas sajonas, y á la vez escuchar algunas canciones de los negros del Sur. Felizmente pasaban por mí unos amigos que por fin me llevaron al concierto improvisado; y al hacer mención de esto aquí, es solo porque quiero entablar una comparación entre la música del país y la de nuestros vecinos del Norte; hablo de los cantos y música popular de ambas naciones.

La del Norte nos entristece, nos disuena y nos fastidia siempre que no nos hable al sentimiento de un modo muy directo. Pero es tal vez, porque como á ellos les pasa con la nuestra, no la entendemos lo bastante, ó pretendemos, en cambio, entenderla demasiado.

Que el Puritanismo de los inmigrantes del Plymouth, ha marcado en los Estados Unidos, con un sello especial la música nacional americana, es cosa indudable, con ese sello que llamaré salmodico, ese nacido de un fanatismo religioso plagado de una letal melancolía. Pero me atrevo á creer que la música americana es más filosófica en general que la nuestra; pues, nace en muchos casos de la interpretación de los poetas líricos nacionales, y no de los versificadores á tanto el verso para la canción, como suele ocurrir

entre nosotros. Ahora, en cuanto á la música de los pobres negros, encuentro en sus baladas y romanzas cierta similitud con las nuestras en cuanto á sentimiento melancólico y dulce melodía, y se comprende fácilmente. ¿Acaso ambas razas, es decir, la indígena y la negra, no han sido esclavas razas? ¿No hay por ventura similitud entre sus sufrimientos y desgracias?

Nuestra música popular es en lo general de mucho sentimiento, por mucho que el verso resulte disparatado ó inverosímil. La inconstancia, el amor desengañado y los celos, ó por el contrario, la pasión vehementísima exajerando el objeto del amor hasta lo imposible, son tema el más frecuente en la música y cantos de nuestro pueblo. Las canciones de los negros del Norte, se asemejan en sentimiento y en pasión á las de nuestro pueblo. Encuentra esta música americana nacional sus orígenes, como llevo ya dicho, en la sagrada de los salmos del Puritanismo, así como la nuestra, puede encontrarla en la música española importada de las playas ibéricas por los conquistadores de la Nueva España.

El *banjo*, entre los americanos, es instrumento tan popular como la guitarra entre nosotros, y es el que sirve en general, para los acompañamientos de las canciones populares. En esta ocasión, la guitarra no daba la función sino una concertina muy bien tocada por una señora americana, que al mismo tiempo hacía segundas á otra en la sentimental y popular romanza inglesa: *Sweet Home*, ó sea el *Dulce Hogar*. Las romanzas y canciones de los negros del Sur, me traían á la memoria mis expediciones por el suriano Estado de la Luisiana, y nunca hubiera creído que en este poético Chapala, en noche tempestuosa, hubiera venido á escuchar en los corredores del patio de un Hotel-meson, esos cantos sentidos y románticos de la raza africana, que en noches parecidas á ésta he oído por aquellas comarcas.

Una visita á la casa de un pescador, terminaba

mi expedición nocturna, y con ella las muy interesantes y variadas impresiones de todo un día feliz.

***

Han transcurrido varios meses desde que ví por vez primera el mar Chapálico; y ahora me encuentro de nuevo, en sus orillas y sobre sus ondas, admirándole cada día, más y más. Relataré, pues, mis impresiones finales, junto con mis observaciones y estudios, esperanzado en que estos, sirvan de algo al estudiante de las cosas del país.

El mar Chapálico no tiene, como mal informados nos han dicho varios geógrafos, 90 ó 95 leguas cuadradas. Su magnitud, es de 222 leguas cuadradas, puesto que, son 37 leguas las que tiene de largo desde la boca del río de la La Barca hasta Xocotepec; siendo de ancho [término medio], unas 6 leguas. Más la parte que tiene en su mayor distancia, como de ancho, es de Cojumatlán, á la boca del río de Ocotlán, unas 12 leguas. Por estas latitudes, el lago-mar, hace horizonte y trae á la memoria el portentoso Océano, con todos sus encantos y todos sus peligros.

Hay otra cosa de importancia para la geografía, que he venido, con ayuda de otros á rectificar. Me refiero á las profundidades del Chapala. Las que nos dan geógrafos conocidos, están en su mayor parte equivocadas. Por ejemplo: el Sr. Longinos Banda, geógrafo jalisciense, nos dice que el Chapala en su mayor profundidad arroja una medida de 6½ brazas. Y la sonda y los tubos para los nuevos creaderos de petróleo, nos dan una profundidad de unas 20 brazas. Me inclino á sostener, que este mar interno, tiene mayor profundidad de la que en lo general se cree. El volumen de la agua y su color, nos indican claramente, que es bien profundo en ciertas partes este mar

interno, y que bien pueden caminar en él buques de buen calado.

Me voy á permitir una importante observación, en honor de la ciencia geográfica en nuestro país, y es la siguiente: para no incurrir en errores de mucha trascendencia, es absolutamente indispensable no escribir sobre la geografía nacional, desde nuestros gabinetes de estudio, en donde solemos copiarnos los unos á los otros, y lo que es peor, copiarnos mil errores. Es imposible escribir sobre el Chapala, la Sierra de Atequiza, ó cualquier otro asunto de interés para la ciencia geográfica, sin ir á los lugares mismos, y por medio de los instrumentos *ad hoc*, el estudio y la investigación, decir prácticamente lo que valen y lo que son. Daré un ejemplo de este aserto:

Viaje de Chapala á Tuxcueca á bordo del vaporcito "San Francisco." Revoluciones del hélice: 110 por minuto; vapor, 99 atmósferas. Distancia de un punto á otro de los mencionados, 5¼ leguas; velocidad del buque, 15 millas por hora; tiempo en que hicimos la travesía, 1 hora y 20 minutos; en el centro de la laguna, 33 varas de profundidad, según la sonda, con mar grueso de fondo, debido á la fuerte tempestad de la noche anterior; cerca de la playa de Tuxcueca, olas pequeñas de rápida sucesión; celajes diáfonos hacia el Norte; nubecillas aisladas por el Oriente, arriba de los cerros color azul turquí; por el Poniente, cerros de varios matices de forma caprichosa, tajados por las lluvias torrenciales de los siglos; hacia el Sur, señales inequívocas de lluvias tempestuosas que caerían por la tarde; temperatura á la sombra del vaporcito, 70 grados Fahrenheit; temperatura del agua, 69 grados Fahrenheit; hora en Tuxcueca, 8 15 a. m.; dirección del viento, Sur, con brisa matutina sumamente tibia.

Temperatura del agua en las playas de Chapala: á las 6.30 de la mañana, 70 grados Fahrenheit. A la misma hora por la tarde, el mismo número de grados. A las 10 de la noche 69 grados Fahrenheit.

Navegación del Chapala el 21 de Junio. A bordo una balandra de 4 toneladas, construida en Hamburgo. Hora, 3 de la tarde, agua tranquila como un espejo; viento. S E.; cielo despejado por varios lados menos por el Poniente; señales muy marcadas de tempestad por región pluvial en dirección P.; á las 3 y 40 minutos cambio repentino de escena; velocidad vertiginosa de espirales de polvo en las veredas y caminos de la sierra; rumor lejano de detonaciones como de grueso proyectil; inmensas nubes negras cargadas de agua, viajando hacia la dirección de la balandra; relampagos de rápida sucesión, iluminando momentaneamente el tenebroso paisaje montañoso. Finalmente, las aguas (antes como espejo) convertidas en montículos de olas de blancas y espumosas crestas. Tiempo para arrear velas y echar el ancla: tan solo el muy preciso. A las 4 de la tarde, tempestad digna del Golfo mexicano. Número de olas en el costado de estribor: primero 5 ó 6 por minuto; más tarde 10 y 14. Magnitud de esas olas: 6 piés de altura rompiendo contra el mástil. Todo esto, resultado de observación asidua, y en medio del peligro, sacrificando mucho, en aras del estudio y la verdad científica. Ahora pregunto yo ¿será posible escribir con conciencia sobre ciencias geográficas, geológicas, arqueológicas ú otras que exigen de nosotros el estudio objetivo, sentados muellemente en poltrona de Gabinete, lejos, muy lejos del terreno científico? Confieso que no es apetecible encontrarse en peligro eminente á bordo, una balandra ó canoa, en medio un huracán deshecho á dos leguas de tierra en este mar interno. No niego, igualmente, que es preciso no marearse y estar acostumbrado como yo (desde joven) á afrontar peligros del género descripto, y olvidando los riesgos, estudiar los fenómenos grandiosos de este nuestro planeta terráqueo.. Mas una cosa sí condeno: que algunos geógrafos quieran [sin arriesgar nada] escribir desde lejos incurriendo en errores que tanto nos desvían, como nos perjudican....

Trás de la tempestad viene la calma, y si los vientos predominantes en estas latitudes, agitan, por las tardes á el mar Chapálico, tiene este, con suma frecuencia, sus quince ó más horas de estar sumamente tranquilo. Entonces, es cuando mas bien se asemeja á un lago, y el navegante olvida los peligros, ante ese paisaje sublime que circunvalan estas aguas plomosas; paisaje, donde se inspira el poeta, soñando despierto y escribiendo aún dormido.

El Chapala, posée dos islas: la llamada de Chapala, ó de los *alacranes*, y la de Mescala, que viene á ser para este lago-mar, lo que San Juan de Ulúa ha sido para Veracruz: Historica fortaleza, presidio [en su tiempo] para los criminales, tanto del Estado de Jalisco, como del circunvecino de Michoacán.

Ya tengo asentado en estas páginas, en la parte relativa á mis primeras impresiones del Chapala, que había venido (en otras cosas) en busca de su historia realística, y que ésta en su oportunidad sería contada. Pero he aquí que frente á la histórica isla, de tan caprichosa forma topográfica, me encuentro sin nada nuevo que comunicar al lector, por más que me he esforzado en recoger noticias inéditas.

Hay algo tocante á la histórica defensa de esta isla-fortaleza, que ha venido á llenar un vacío y es: la interesante relación del heroico insurgente Don José Santa-Ana, junto con la del capitán Don Pedro Padilla. Relación hecha por escrito al eminente Gobernador de Jalisco Don Prisciliano Sanchez. Esta relación impresa en Guadalajara, en 1890, con interesantísimas notas bibliográficas de la bien cortada pluma del erudito jaliscíense, Don Alberto Santoscoy, es la que mejor idea puede dar de lo que fué dicha defensa, de la isla de Mescala, durante esa sangrienta lucha por la independencia de la patria. Lucha, sostenida en estas comarcas, por el valeroso indígena Don José Santa-Ana, con su puñado de patriótas, entre los que se destacó la figura del P. Castellanos, hábil agitador y digno émulo de Hidalgo y de Mo-

relos. No puedo hacer cosa mejor, que recomendar la lectura de esos importantes documentos pedidos según aparece á Santa-Ana, con el fin de comunicárselos al historiador Bustamante. Con tan interesantísimo folleto debe venir á esta Mexcala el amante de la historia patria; y entre las ruinas de lo que años atrás fué una fortaleza y presidio de importancia suma, meditar y escribir.

La defensa de esta isla, junto con otros lugares de las costas de esta Chapala, hija predilecta de la Creación, es digna de las edades heroicas de la antigüedad. Unos centenares de indígenas valientes como el león y dirigidos por un especie de Cuahutemoc y alentados por un Sacerdote, y el hijo de un pescador de Tlachichilco, sostienen una lucha sin tregua por el espacio de cinco años, contra los que por el transcurso de tres siglos, habían sido los conquistadores y gobernantes de su patria.

Los indios de Chapala, y del inexpugnable peñón de Mexcala, tenían que combatir á un enemigo formidable, á un verdadero ejército de soldados y de oficialidad disciplinada; con numerosos elementos, con escuadrilla de embarcaciones bien artilladas y construidas en el puerto de San Blas; en una palabra: luchar contra un enemigo en que el valor y la pericia militar, es tradicional en la historia del mundo; á un enemigo rico y poderoso en todos sentidos.

Más sin embargo, el cielo protegía esa causa, y á las amargas horas de la incertidumbre y de la lucha por la libertad de la patria, se seguían aquellas en las que el sol vivificante de la victoria, alumbraba estas risueñas playas, ofreciendo en día no muy lejano, iluminarlas eternamente, para que un pueblo, que nunca debía haber sido esclavo, fuese de nuevo libre.

¡Asombra cerciorarse de como el indígina Santa-Ana, y sus valientes guerreros, pudieron sostener lucha tan desigual por el espacio de cinco años, en este pequeño Gibraltar del mar Chapálico! Pero es el casoque así fué. A juzgar por el plano de esta

isla, [del que tengo un ejemplar], aparece que el peñón, no contaba con más artillería que unos trece cañones y que, con los quitados al enemigo, nunca tuvieron más de diez y siete inclusive los dos que servían de defensa á la isleta cerca de la isla grande.

El hambre, y la peste tan propias á la guerra, fueron la causa principal que motivó la rendición del indígena Santa-Ana y sus valientes, al Comandante Gral. español Don José de la Cruz.

Mas ¡cuánto hay que admirar en aquella lucha titánica de cinco años de esos mil indios patriotas parapetados en esta isla fortaleza que cual colosal hipopótamo se levanta sobre la superficie de las aguas. Cuánta sangre derramada en este peñón, cuánto cadáver sepultado para siempre de indígenas y españoles en las profundidades de las aguas plomosas!

Al leer el relato de Santa Ana, sobre la historia de la defensa de la isla de Mexcala, se comprende lo que fué aquella, lo que fueron también los guerreros indios chichimecos, indomables en la guerra de independencia, como lo habían sido durante la conquista de Nuño Beltrán de Guzmán, y de sus aventureros capitanes del siglo XVI.

¡Las transformaciones del tiempo! De 1812 á 1817, no se oía en este mar Chapálico, más que la detonación del cañón de la artillada isla. Desde aquel entonces, nada interrumpe el asolador silencio de estas comarcas, sino es la detonación del trueno cuando la tempestad con la naturaleza entra en batalla. En este solitario peñón, en diversas épocas poblado de centenares de gentes, habitan hoy dos pobres viejos, marido y mujer. Los inmensos edificios de la prisión y templos están en ruinas. En donde alguna vez hubo celdillas de criminales [hoy día sin techo] crecen los arbustos y se propagan las lagartijas; y los indígenas poseídos de una superstición característica de raza, creen ver en los cuervos de la isla, el alma en pena de sus antepasados, ó de los conquistadores españoles! Por eso he dicho, y creo no me fal-

ta razón al hablar de Mexcala: "que este montón de tierra y rocas que se destaca en la superficie de las aguas, es como un lugar de fantasmas y leyendas, como un cuento de esos alemanes á orillas del Rhin.

* * *

Con qué pesar me veo obligado á irme de estas regiones encantadas del Chapala! Mas ha llegado á mi pesar el momento de poner término á "Vagancias," aunque no á los "Recuerdos" en Jalisco, pues estos estarán siempre vivos en la memoria del autor de estas páginas. Debo decir que, tocante á la "Historia de Chapala" durante nuestra gloriosa guerra de independencia, también hay que leer las muy interesantes páginas escritas por el historiador jalisciense D Luis Pérez Verdía. También diré: que la Quinta bellísima que desde el mar se avista sobre un cerrito á un cuarto de legua del pueblo de Chapala, es obra y propiedad de un caballero inglés, que con su amor á la naturaleza mexicana y la cultura que le es propia á los de su educación y posición social, ha venido á darle mucho ser á estas comarcas, y á estimular también á otros, para que hagan sus quintas de recreo y con ellas den vida y civilización á tan hermosísimas regiones.

El pueblo de Chapala, ofrece al visitante, no solo los placeres de bañarse en las aguas del mar interno, sino también en los manantiales de sus excelentes baños medicinales. Lamento no haber podido conseguir el análisis deseado de tan importantes baños; lo único que puedo asegurar, es su bondad para las enfermedades reumáticas y algunas de la piel, por contener sus aguas preponderancia de azufre y algunas sales muy benéficas. En cuanto á la temperatura del agua, varía esta mucho según el tanque donde se toma el baño. En el zurco ó manantial, el

agua tiene una temperatura muy alta de calor, unos 100 grados Fahrenheit; pero hay el último de los tanques pequeños en donde el agua está tibia [unos 73 grados F], y en este es delicia bañarse, sin correr el peligro de debilitar el sistema demasiado, como sucede aquí con estos baños [tan calientes], indiscretamente tomados por muchos.

Había que partir de Chapala para ir sobre las ondas en busca de otras playas. Con el vaporcito "San Francisco" á mi disposición, y navegando á regular velocidad, he logrado estudiar algo sobre configuración de cerros, bahías pequeñas ó ensenadas de Tuxcueca, Agua Caliente y Tizapán. Qué poéticos son todos estos pueblos del Chapala. Qué vida tan pastoril, que costumbres tan sencillas y primitivas, las de los habitantes pescadores ó labradores de estas regiones. Aquí, la naturaleza es todo; lo demás está por hacerse, hablo en cuanto á la civilización, bienestar y cultura. Lo más prominente en todos estos pueblos ó aldeas, son las torres y cúpulas de sus iglesias, parroquiales que se levantan por todos lados como inequívoca señal de que el catolicismo es la religión preponderante é imperecedera de los mexicanos.

El comercio y navegación del lago-mar, en sus diversos pueblos, se hace por medio de canóas; pero hay un barco grande [además del "San Francisco"], que hace con regularidad viajes diarios entre Ocotlán, La Palma y Tizapan. Además, este vapor que se llama "El Chapala" [1], y que pertenece á una compañía, hace un viaje redondo cada ocho días. Recomiendo esta excursión á todo aquel, que en busca de salud ó recreo, quiera gozar y conocer estas regiones admirables.

En espera del vapor mencionado, en las playas de Tizapán, charlaba con los campesinos y los pesca-

(1) Este bosque no es tan solo de pasajeros, sino lo es igualmente de carga. Tiene de largo unos 80 piés por unos 20 de ancho, y cala unos tres piés de agua.

dores, relatándoles como había encallado el "San Francisco" en los bancos de lodo y de arena, en esta mañana en que hacía mis estudios sobre profundidades por la costa en que estábamos. Efectivamente, está el agua tan baja, en algunos puntos, que apenas si hay una vara de profundidad á un cuarto de legua de la playa.

Tizapán tiene en su magnífica fruta un elemento rico de exportación. Los cereales, las maderas y la pesca son, sin embargo, los productos de verdadera importancia para el comercio y fletes del Chapala. En el pintorezco pueblo de Jamay, en las playas del Sur, la industria de los petates dá el pan y la ocupación á centenares de gentes de ambos sexos y diversas edades. Pero es en Ocotlán y La Barca donde hay más vida y movimiento, pues en estos lugares embarca el ferrocarril Central, el pescado, las cereales y demás productos de toda la laguna,

Como un mensajero de la civilización, se dibujaba en el aperlado horizonte la chimenea del vapor "Chapala," y su penacho de humo anunciaba por toda esa inmensa region del mar interno, que si las lanchas-canoas con sus velas latinas representaban el pasado y la navegación imperfecta y peligrosa, el vapor, maravilla de nuestro siglo, representaba el presente con toda su potente vitalidad y sus conquistas de progreso.

Una media hora después, abordaba "El Chapala". Al encontrarme en su cubierta, sentía un placer indecible; ese motivado por todo lo que está en orden, por todo lo que viene á ser civilización!

Un excelente *beefsteak*, un buen vaso de cerveza y la fina atención del inteligente capitán del vapor, me hacían sentir en casa, como diría un inglés. Que impresiones finales de este día memorable!

A las 5. 40 de la tarde, un soberbio espejismo por la costa del Sur; espejismo que convertía las nubes reflectadas en las aguas, en palacios feéricos de

cristal; á las palmeras, en hadas; y á las montañas en mundos extraños y fantásticos!

A las 6. 30, cambio completo de decoración, con puesta de sol maravillosa, colorando la superficie de las aguas con tintas de carmín y de oro.

Una hora después, echaba el vapor anclas cerca de la barra del río de Ocotlán. En la región del Norte, tempestad formidable. Viento muy fuerte y húmedo; relámpagos soberbios iluminando vastísima región de las montañas jaliscienses y de la sierra Michoacana. Truenos, rayos y agitación violenta de las aguas encolerizadas por el huracán. ¡Qué imponente espectáculo! En la tarde, la gloria de la naturaleza risueña, mágica y seductora! ¡En la noche, lo tenebroso, lo imponente, lo desolador! Un remedo del Juicio Final, de la destrucción, del cataclismo universal, parecía esta tormenta, digna de la brocha de Turner, de una creación del Dante, ó de una interpretación de Miltón!

Saltaba á una canoa que había traído leña para el vapor, y haciéndome á la vela por el río de Ocotlán, contaba los minutos por llegar á puerto de salvamento. Un relámpago tras otro iluminaba el anfiteatro sublime de agreste cordillera, y de esas montañas envueltas en la oscuridad de noches de siglos, con su silencio aterrador, sus tesoros escondidos y sus leyendas de brujas. Bajo el peso de esa tormenta y de ese espectáculo grandioso, abandoné el Mar Chapálico y sus encantadoras orillas. Era en vano esperar la aparición de los astros. Solo el relámpago, eléctrico destello de la Creación, sustituiría fugaz la momentánea iluminación de esa tenebrosa escena. Imponente, como lo que es obscuro, grande, como todo lo que proviene del Creador!

FIN.